



EL BARCO
DE VAPOR

Pastel espacial

Philip Reeve
Sarah McIntyre



sm

Primera edición: junio de 2015

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Cakes in Space*
Traducción del inglés: Xohana Bastida

Cakes in Space fue publicado originalmente en inglés en 2014.
La presente traducción se ha publicado por acuerdo
con Oxford University Press.

Cakes in Space was originally published in English in 2014.
This translation is published by arrangement
with Oxford University Press.

© del texto: Philip Reeve, 2014
© de las ilustraciones: Sarah McIntyre, 2014
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para África y Rosanna.

EMPIECEN UNA
NOVA

¡FAUNA ADORABLE!

CONEFÜ



¡CON TRES LUNAS!

FE

GOZO

LINDA

¡PLANTE
SU CASA
DONDE
QUIERA!



¡PL
EX

VIDA NUEVA MUNDI

¡CRÍE NUBOVEJAS!

Bee

ATARDECER EN LAS
MONTAÑAS CANTARINAS

TRALALÁ

LARIRO
LALALÁ

CHAAN

ROBOTS
¡ATENTOS
¿TÉ?

NOS

PASAJE
FAMILIAR

VIDA
MUNDI



UNO

LO MALO DEL ESPACIO
es que es muy grande.

Un océano de oscuridad
sin tierra a la vista.





Una nada interminable.

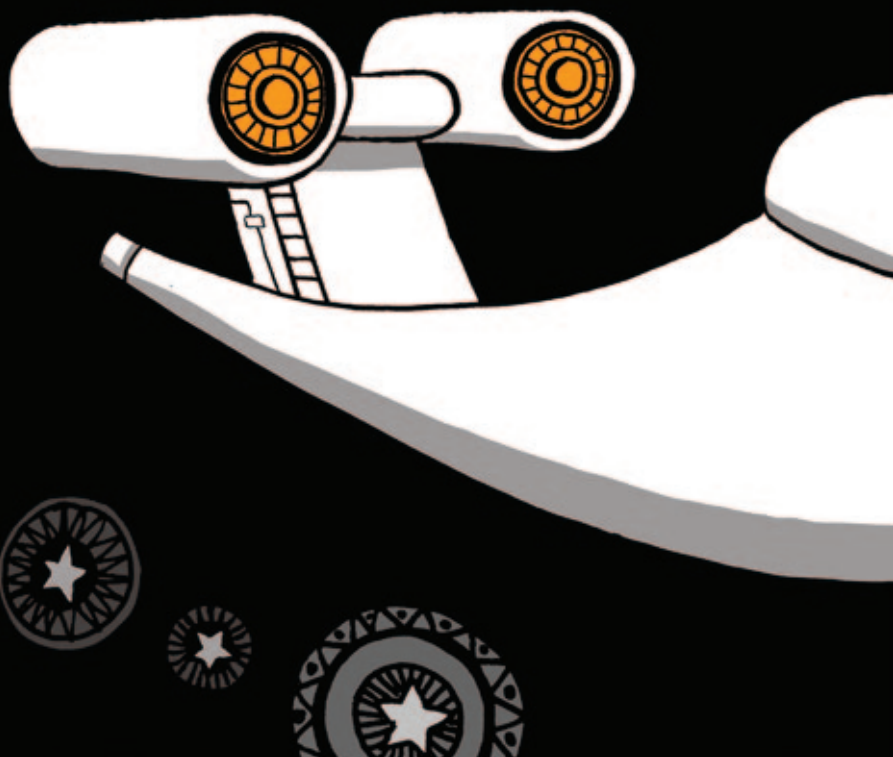


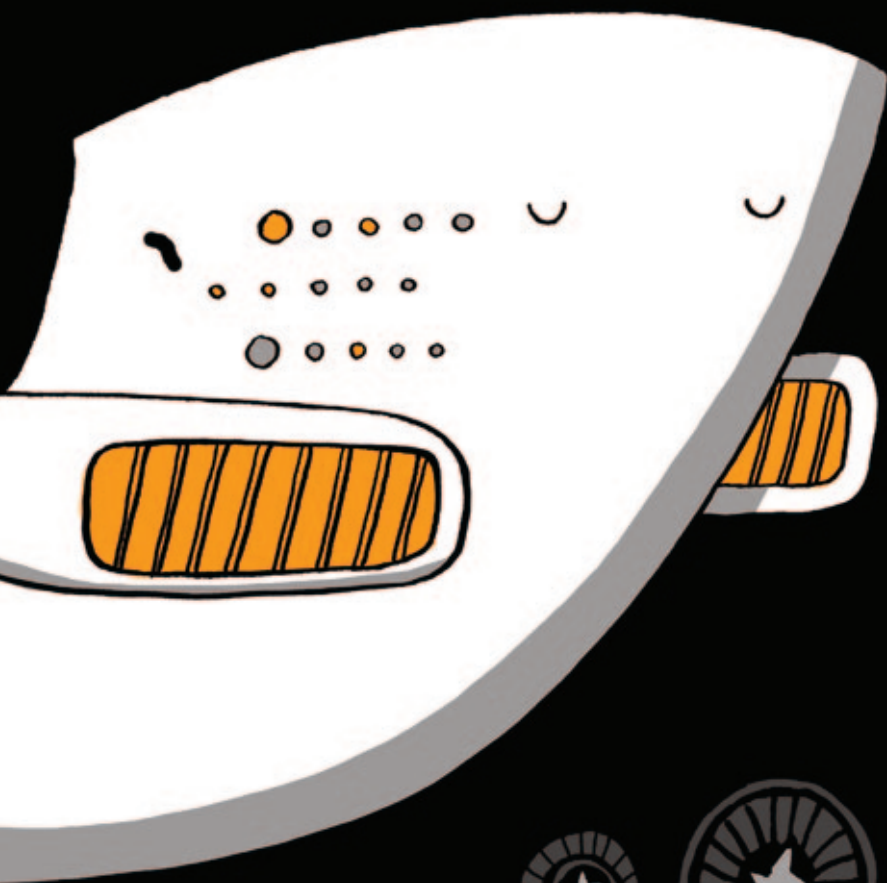


Y allí, minúscula en medio de un millón de billones de kilómetros de tinieblas, hay una mota solitaria que se mueve. Un paquetito frágil, lleno de gente dormida y de sueños.



Una nave.







Viajar de la Tierra a la Luna lleva unos días. Viajar de la Tierra a Marte, unos meses. Se tardan varios años en llegar a Júpiter, y a Neptuno y Plutón, unos cuantos años más. Pero Astra iba aún más lejos. Mucho, muchísimo más lejos.

El planeta llamado Nova Mundi, en el que iban a vivir Astra y su familia, estaba tan lejos de la Tierra que tardarían ciento noventa y nueve años en llegar.



¡¡¡CIENTO
NOVENTA
Y NUEVE
AÑOS...???

–chilló Astra cuando
su madre se lo dijo–.
¡No podemos estar
metidos en una nave
ciento noventa
y nueve años!



–¡Nos vamos a aburrir como ostras! –insistió Astra–. Ni siquiera habrá nada que ver por las ventanillas. ¡Eso, si es que la nave tiene ventanillas! ¡Y seremos viejos cuando lleguemos! Yo tendré... –hizo cuentas con los dedos–. ¡Tendré doscientos nueve años! ¡Seré una viejecita arrugada!

Su madre se echó a reír e hizo botar sobre sus rodillas a Alf, el hermanito de Astra, hasta que él se echó a reír también.

–No te preocupes, Astra: no estarás despierta. Después de montar en la nave, nos meterán en unas cápsulas de hibernación...

–¿Parecidas a camas? –preguntó Astra.

–Más o menos –asintió su padre–. Medio camas, medio congeladores.

–¿Y no pasaremos frío? –preguntó Astra estremeciéndose, mientras se imaginaba dormida entre bolsas de guisantes congelados y tarrinas de helado, con una merluza como almohada.

–No, no tendremos frío –respondió su madre–. Ni siquiera lo notaremos: estaremos dor-

midos como troncos. Las máquinas que hacen funcionar la nave bajarán la temperatura de nuestros cuerpos para que no envejezcamos. Mientras estemos dormidos, la nave navegará sola hasta Nova Mundi y nos despertará al llegar. A nosotros nos parecerá que solo ha pasado una noche, ¡pero ya estaremos en nuestro nuevo hogar!

—¡Un mundo entero para nosotros! —dijo el padre de Astra.

—¡Nova Mundi! —exclamó Astra.





Astra estaba deseando llegar a Nova Mundi. Había visto muchos vídeos y fotos del planeta. Sus padres, su hermano y ella iban a vivir en una casa enorme con un jardín de hierba azul, entre un gran océano verde y un bosque de helechos. Allí, sus padres trabajarían preparando el planeta para la llegada de más gente de la Tierra.

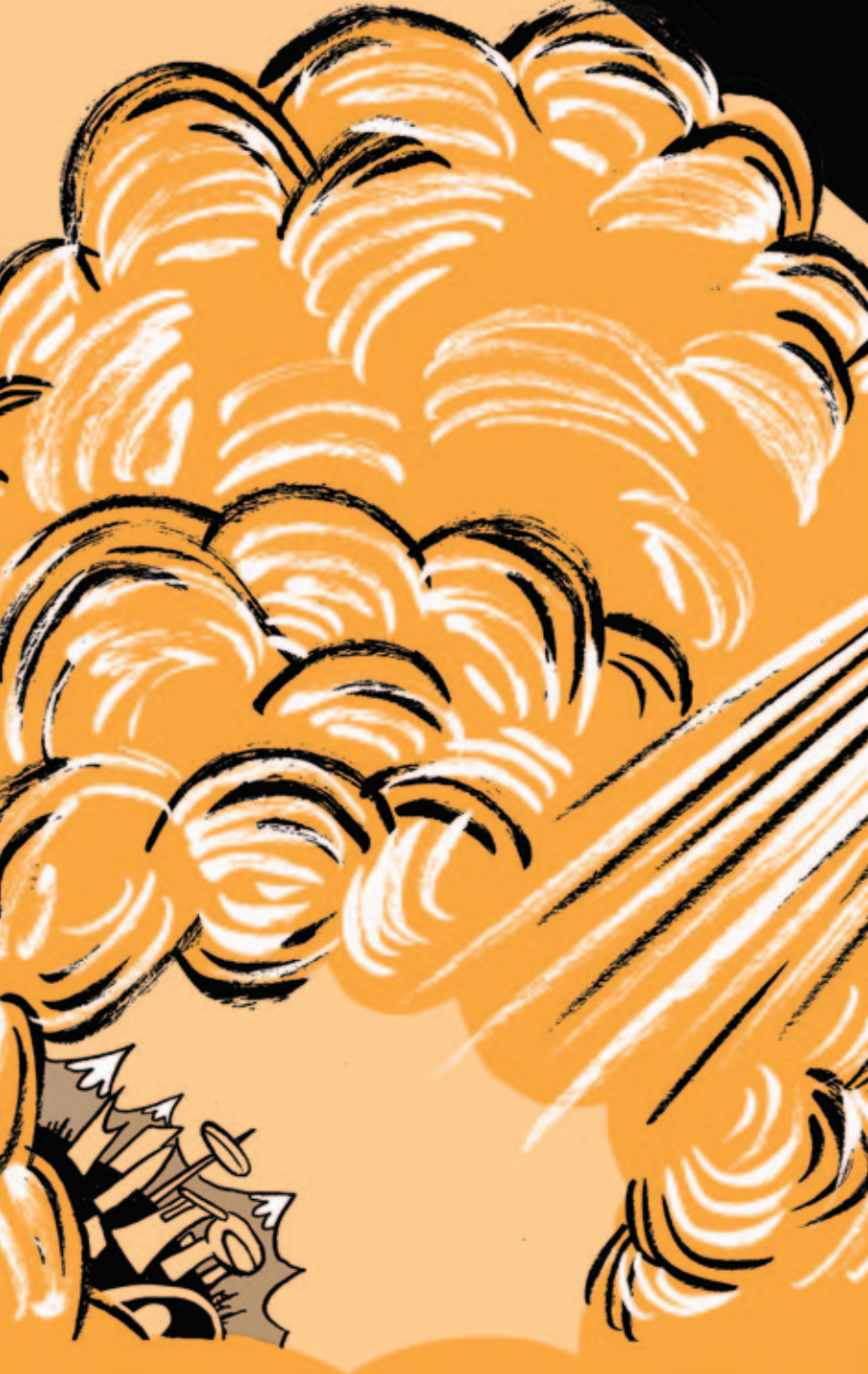
Aun así, y aunque sabía que estaría dormida, a Astra no le gustaba nada pensar en el viaje largo y helado que los esperaba.

–¿Soñaremos durante el viaje? –preguntó.

–Solo sueños bonitos –le aseguró su madre.

Y entonces llegó el día. La lanzadera salió disparada de la pista de despegue.







iBUU

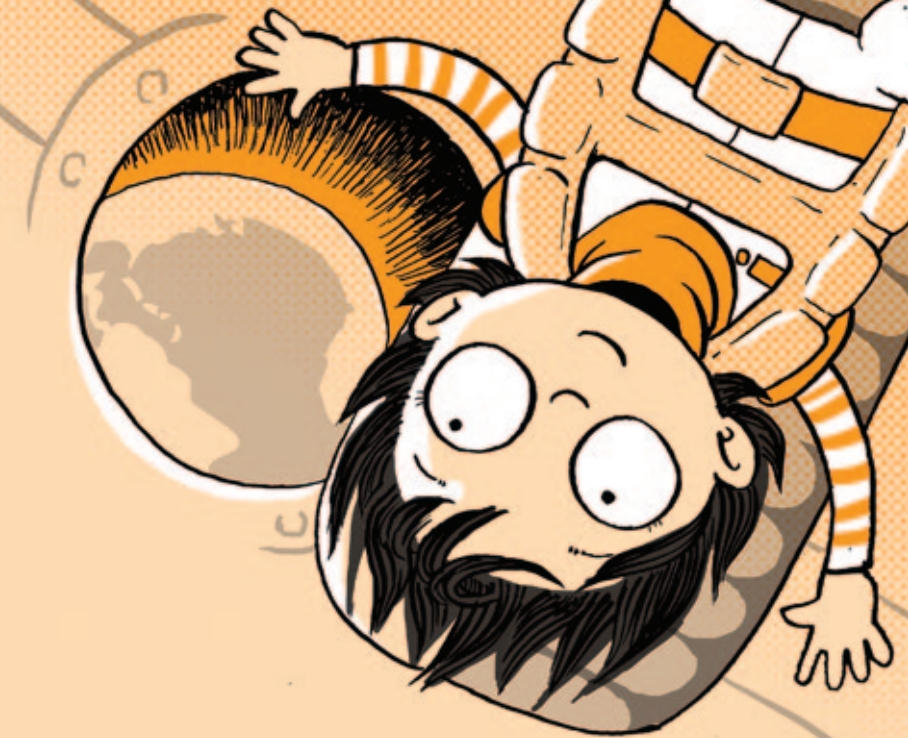
UUMi

La lanzadera se elevó rasgando las nubes hasta llegar al aire soleado de arriba, directa hacia su órbita.



A medida que subía, la fuerza de la gravedad iba disminuyendo más y más, hasta que se desvaneció y Astra sintió que ya no pesaba nada. Sus manos flotaron levantándose de su regazo, y sus pies se despegaron del suelo por más que intentó pegarlos. Si no hubiera sido por el arnés que la ataba al asiento, habría flotado hasta chocar con el techo. Eso es justamente lo que les estaba ocurriendo a algunos





objetos que los demás pasajeros habían olvidado sujetar: bolis, cámaras y peluches que vagaban por el aire. Pronto aparecieron varios robots y, moviéndose con tanta facilidad como si nadaran en agua clara, recuperaron los objetos y se los devolvieron a sus dueños.



En la cabeza de los pasajeros, el pelo empezaba a adoptar formas raras.

–¡Quiero vomitar! –dijo una niña en un asiento cercano, y su madre le pasó rápidamente una bolsa.

–Es como caer en el vacío –farfulló el padre de Astra (que también se había puesto un poco verde), mientras se tragaba una pastilla para el mareo.



Pero a Astra no le molestaba la sensación. ¡De hecho, le gustaba! No pasaba nada por caer, siempre y cuando supieras que no ibas a darte un porrazo contra el suelo.





Le hacía gracia pensar que iban a caer y caer
hasta aterrizar en Nova Mundi.



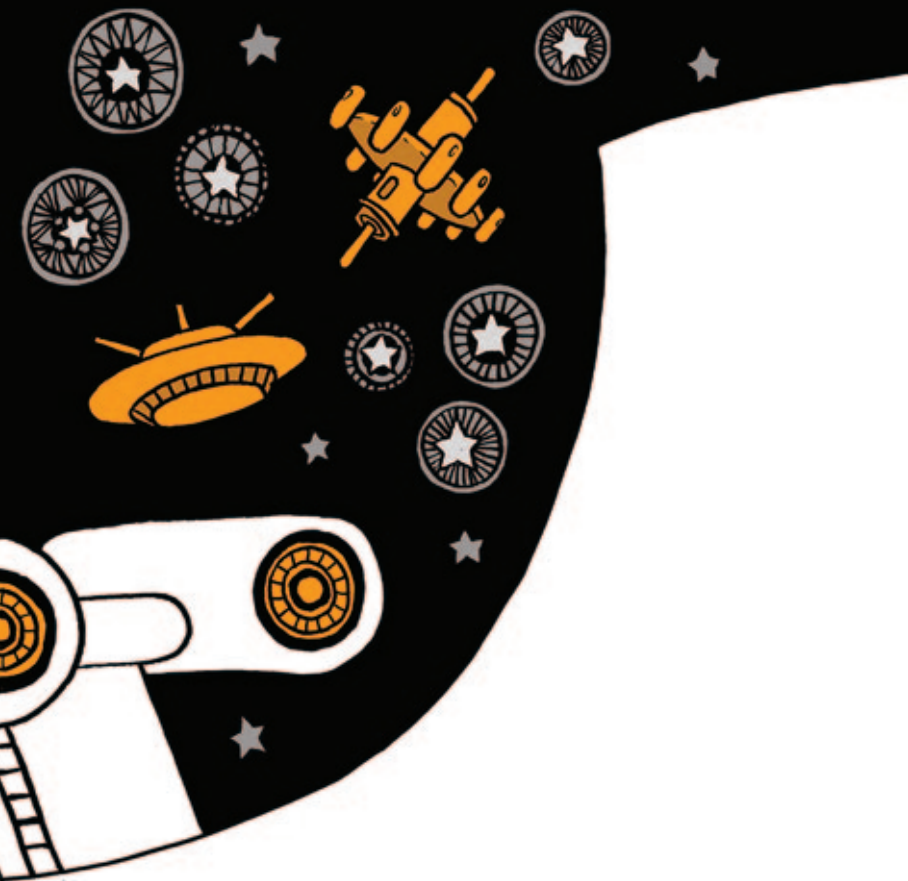
La lanzadera pasó velozmente entre las estaciones espaciales que colgaban como lámparas sobre la curva brillante de la Tierra, y esquivó las pequeñas naves de mercancías que navegaban aquí y allá.





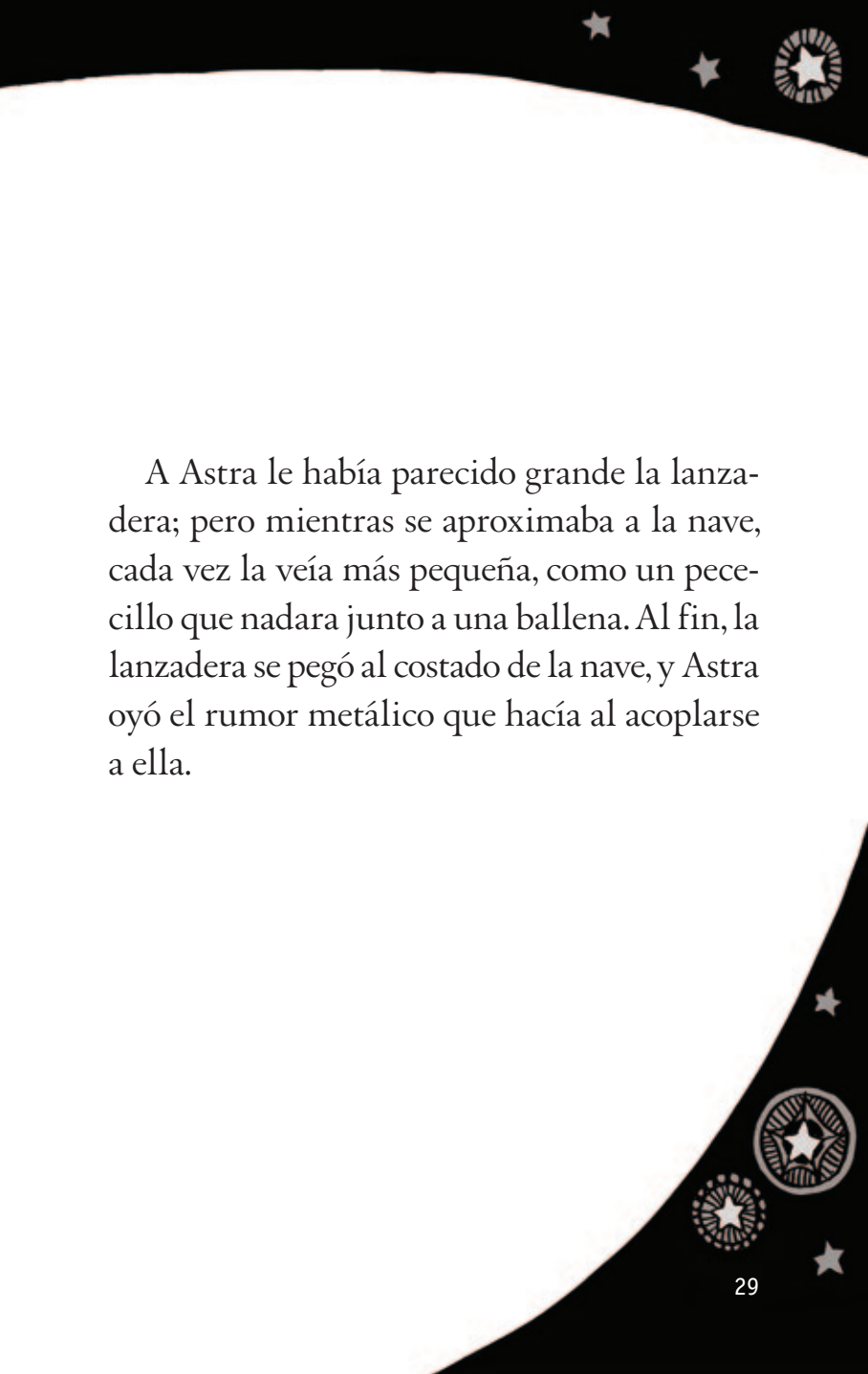
En medio de todo aquel movimiento estaba la nave que llevaría a Astra y a su familia hasta Nova Mundi.





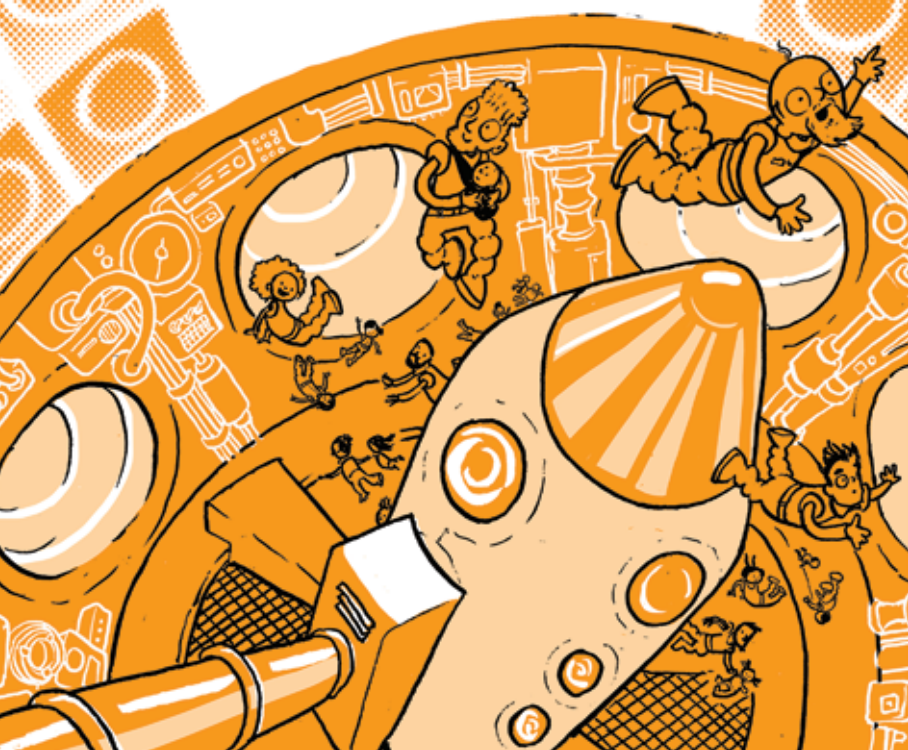
–¡Es enorme! –exclamó Astra con los ojos como platos, aplastando la nariz contra la ventanilla que había al lado de su asiento.

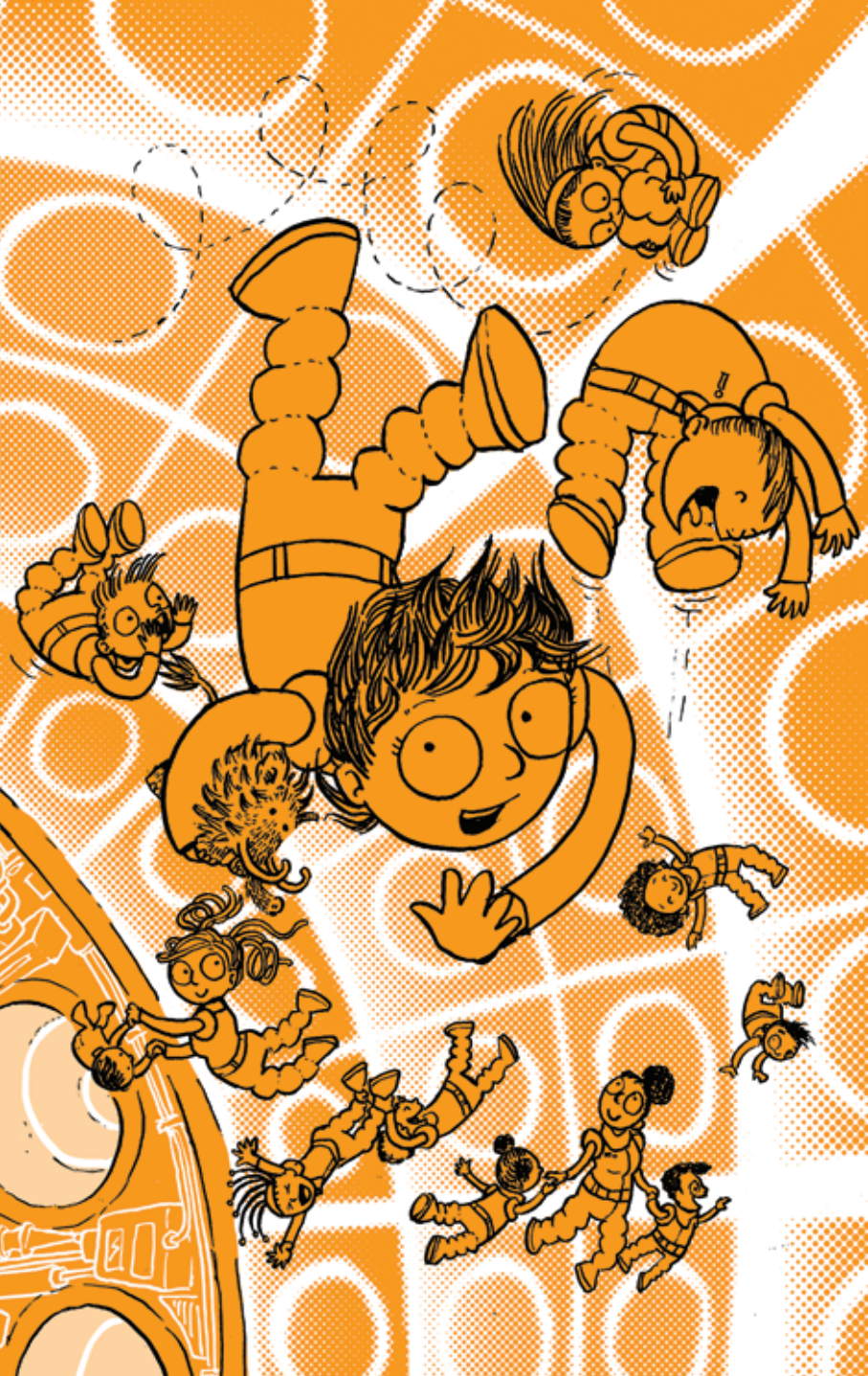


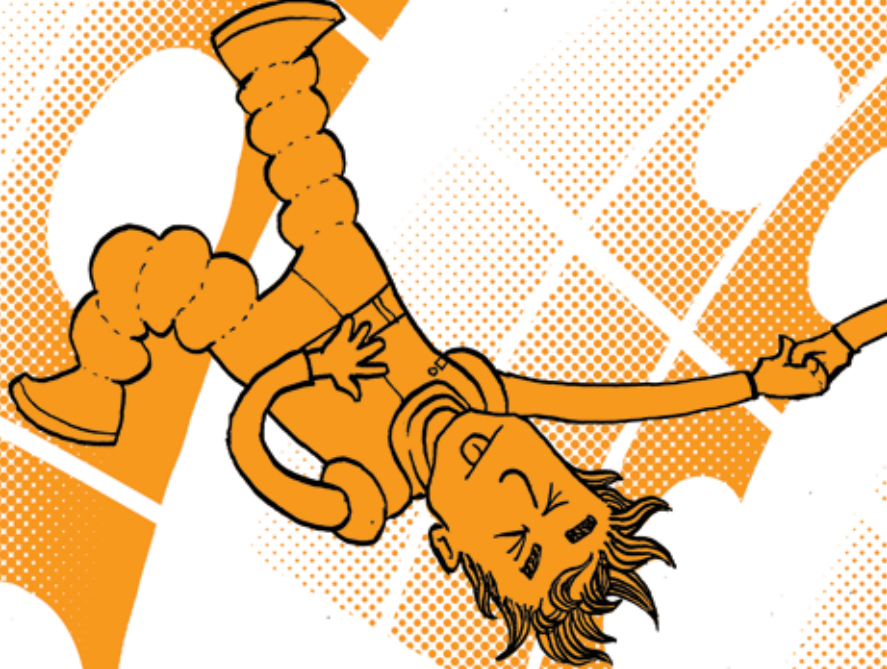
A decorative border runs along the top and right edges of the page. It features a black background with white stars of varying sizes and a circular emblem containing a star. The emblem has a textured, sunburst-like border.

A Astra le había parecido grande la lanzadera; pero mientras se aproximaba a la nave, cada vez la veía más pequeña, como un pececillo que nadara junto a una ballena. Al fin, la lanzadera se pegó al costado de la nave, y Astra oyó el rumor metálico que hacía al acoplarse a ella.

La gente de alrededor empezó a desbrochar los arneses. Astra se quitó el suyo y cayó de inmediato hacia arriba hasta toparse con el techo. Por todas partes había pasajeros que daban tumbos y volteretas por el aire como acróbatas. Los niños reían mientras se lanzaban de cabeza hacia las paredes acolchadas y rebotaban como pelotas de ping pong, mientras sus padres les decían que tuvieran cuidado.







Al fin, todos lograron pasar de la lanzadera a la nave. Astra empezaba a acostumbrarse a la falta de gravedad. No era como caerse, sino más bien como flotar en el agua (pero sin agua, claro). Su padre, sin embargo, seguía estando bastante verde.

—¿No decías que no íbamos a encontrar ningún hombrecillo verde en el espacio? —se rio la madre de Astra.

—Muy graciosa... —gimió su padre.



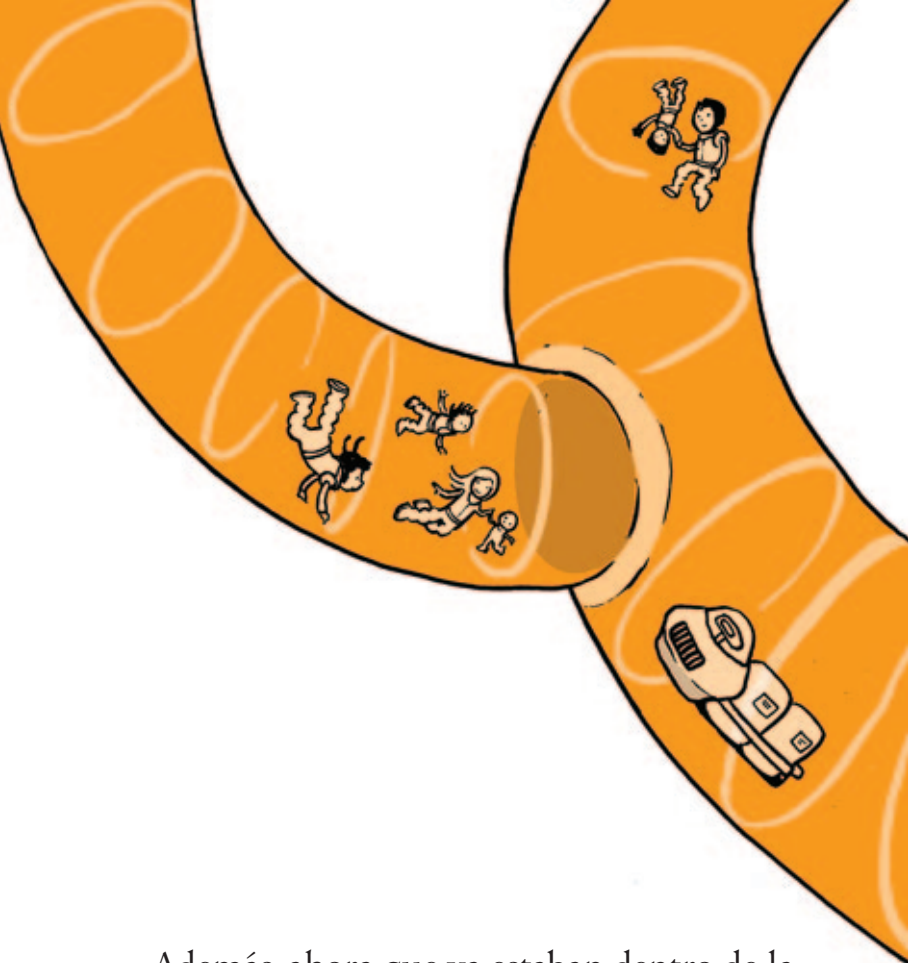
–¿Qué es eso de los
hombrecillos verdes?

–preguntó Astra.

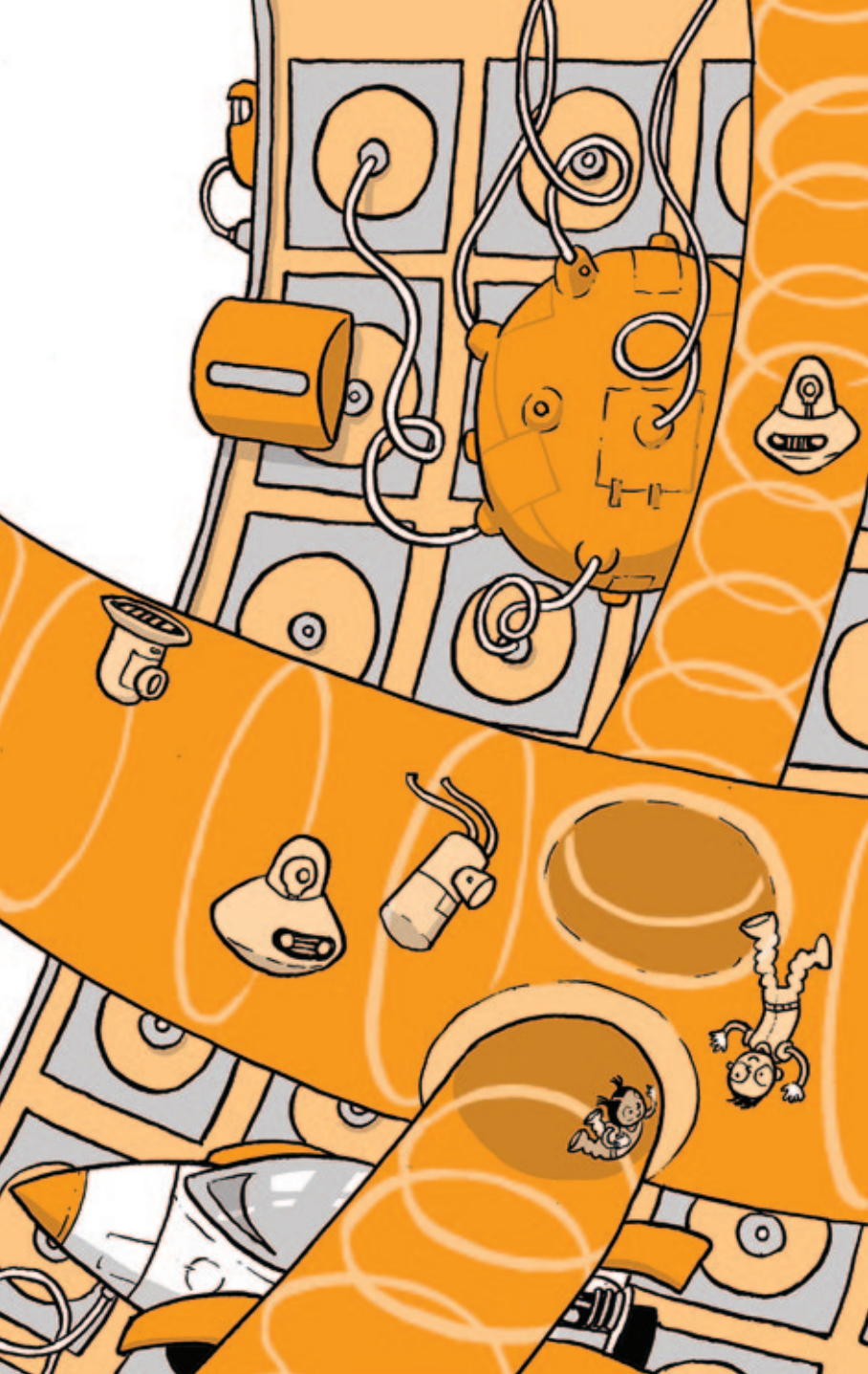
–Extraterrestres.

–Ah –respondió Astra
sin mucho interés, porque,
como todo el mundo sabe,
no existen los extraterrestres.



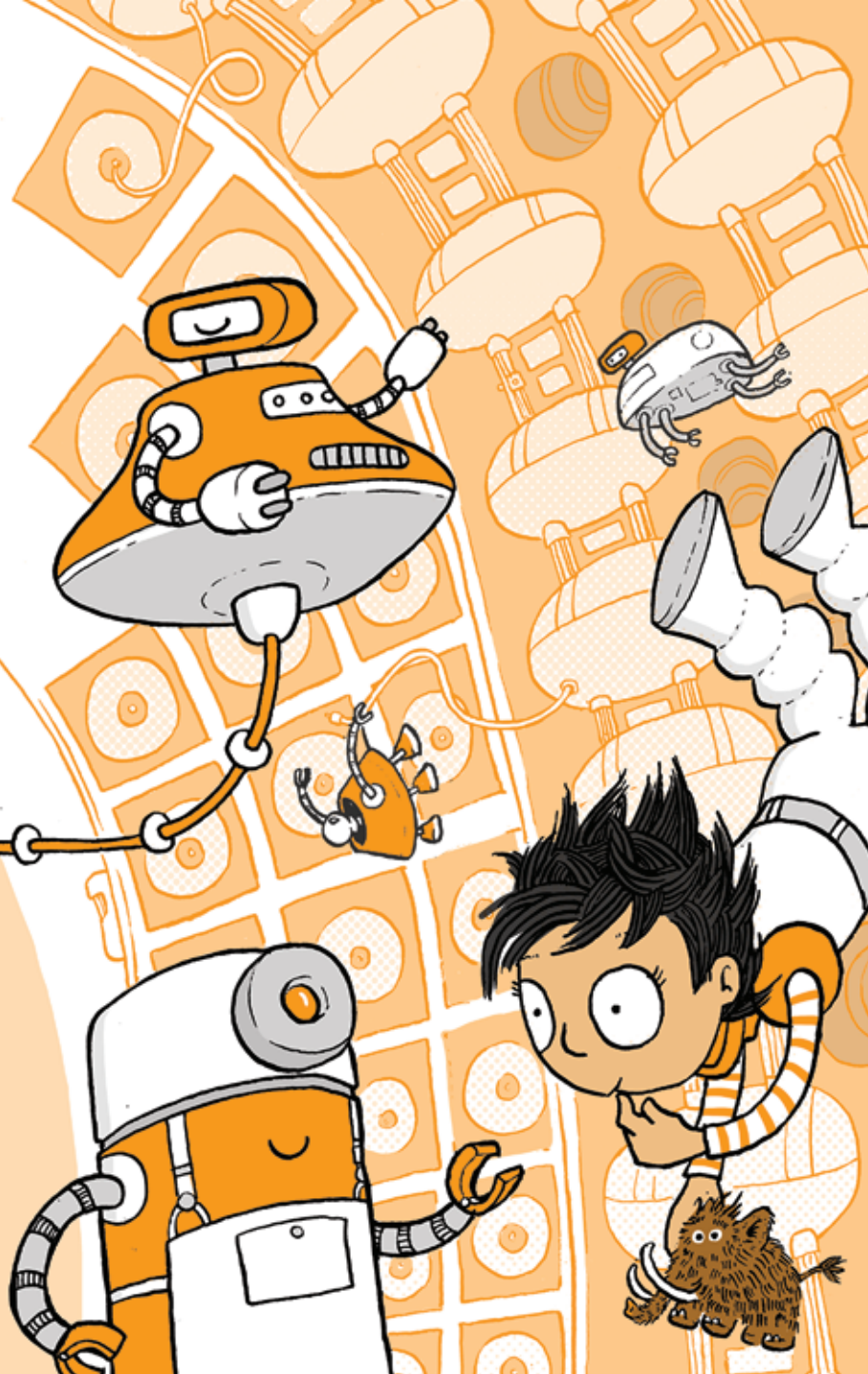


Además, ahora que ya estaban dentro de la nave, había cosas mucho más interesantes que un hombrecillo verde... como su padre.



Los robots que harían funcionar la nave mientras los pasajeros estuvieran dormidos se apresuraban de un lado a otro, algunos flotando y otros caminando con estruendo por las paredes gracias a sus pies magnéticos. Uno de los que flotaban reunió un grupo de recién llegados (en el que estaba la familia de Astra) y los condujo a la Sección de Hibernación C, donde pasarían el resto del viaje.









DOS

DESPUÉS DE ESO, tuvieron que esperar un rato. Un rato laaaaargo. En la Sección C había trescientas cápsulas de hibernación, de modo que los robots debían afanarse para situar y acomodar a trescientos pasajeros. No era fácil, con todo el mundo flotando y con los niños aún convertidos en pelotas de ping pong. A Astra empezó a darle hambre. Aunque había almorzado antes de subir a la lanzadera, ahora le vino a la cabeza una idea horrible...